

Pobres Millonarios, Millonarios Pobres

La noticia, llegada de Manhattan, es un alivio, después de todo. Henry Ford II acaba de festejar el casamiento de su segunda hija, Anne, con el italiano Giancarlo Uzielli, agasajando a la concurrencia, quinientas personas severamente controladas en la puerta, con un buffet a base de huevos duros, hamburgueses y saladitos. Hubo champagne francés, es cierto, y del mejor (Piper Heidsieck 1959), pero la reunión celebrada en el Crystal Room del hotel Delmonico de Nueva York fue todo lo sencilla que podía esperarse de uno de los hombres más ricos del mundo.

En Madrid, poniendo cara de millonaria, me nutrí de abundante tortilla de papas cortadas en trozos y servida en bandejas de plata por severos mucamos en los cóctels. Tanto la tortilla en Madrid como los hamburgueses en Nueva York son la vulgaridad misma; sin embargo los millonarios y la high society americana y europea no se cargan con el peso de frívolos complejos. Amigos muy gourmets me condujeron especialmente a una posada de las afueras de Madrid para que comiera la "mejor tortilla de papas de toda España". Era gloriosa, realmente. Otro recuerdo de viaje, impregnado de olor de cacerolas, me llega de París donde algunas damas notoriamente vinculadas al mundo artístico y muy esnob de la *rive gauche*, sobremanera civilizadas, me convidaban sin perder tiempo en explicaciones, con pan y queso rociado con el Beaujolais de la esquina, o cierto Borgoña sin demasiada prosapia y sí con el fuerte olor de las granjas de la Ile de France.

Creo, sinceramente, que este es el secreto de la verdadera hospitalidad y no el pretencioso despliegue de bebidas y destrezas culinarias que suelen arruinar los hígados y los presupuestos. Pero a ver si alguien, aquí en el Uruguay, se atreve a festejar algo con huevos duros o tortilla!

El muy ducho en estas cosas, Juancito Domínguez, le daba un sabio consejo este verano a una señora que quería dar una fiesta sin tener que empeñar su coche. "Vino y empanadas", fue la rápida contestación. No sé si la señora puso en práctica la idea (Juancito incluso, le había sugerido que contratara los servicios de una mujer negra, la vistiera de blanco y le colocara la gran canasta con empanadas en la cabeza: "color local, tendrás un éxito rotundo"); lo que sé es que todo el Uruguay, con fiestas o sin ellas, trasunta un afán de nuevo rico apurado en deslumbrar con edificios que por lo enormes nunca se terminan (Palacio Municipal; y además, eso de "palacio"... vis-tosa y cursi nomenclatura que de por sí traiciona esta debilidad); ambiciosos hospitales que carecen de camas y colchones (Clínicas, minado por las ratas que pululan en un terreno baldío que se proyectó como parque y jamás supo de un cantero de malvones); carreteras que fluyen hacia el extranjero y que apenas construídas ya se rompen (Interbalsearia, que está llena de parches y remiendos); ambiciosos planes de estudio para futuros universitarios que por falta de puestos vegetarán, irremisiblemente, bajo el ala protectora —ya no tan protectora— de una Gallina llamada Burocracia...

Los ejemplos surgen excesivos, desconcertantes, por donde se mire. Ya se sabe que la manía de aparentar o el delirio de grandezas no son sino el pueril empeño en disimular la pobreza o en ostentar la fortuna agarrada por la cola. Es por lo menos divertido recetarle al Uruguay huevos duros y tortilla, vinacho y pan con queso; pero resulta que también este régimen contaría con la aprobación de un médico sensato puesto a reanimar un paciente débil y achacoso. Así que vayamos aprendiendo: a ser pobres no más, sin asco, que Henry Ford II nos da el ejemplo. — E. B.